

PREMIO  CONFIDENCIAL 2013
PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA

EL ASESINATO DE LOS MARQUÉSES DE URBINA

MARIANO SÁNCHEZ SOLER

El asesinato de los marqueses de Urbina

Mariano Sánchez Soler



Rocaeditorial

EL ASESINATO DE LOS MARQUESES DE URBINA

Mariano Sánchez Soler

Fierro, un especialista en trabajos ilegales al servicio de la banca, prepara por encargo el crimen perfecto, planificado al detalle, en el que incluye la fabricación de un culpable conveniente a los intereses financieros que le han contratado. El asesinato de los marqueses de Urbina, mientras duermen plácidamente en sus camas, convulsiona la vida española de 1980, sometida al azote terrorista en plena transición democrática. A pesar de que todo se desarrolla según lo previsto, los planes de Fierro tienen consecuencias imprevisibles para él. Desde la sombra se mueven las fuerzas superiores del mundo del dinero, que escapan a su control y pueden convertirlo cuando quieran en la pieza que batir.

En *El asesinato de los marqueses de Urbina*, la ficción se pone al servicio de la realidad para desvelar una oscura maquinación jamás investigada, para muchos el misterio criminal más famoso de la España del siglo xx. Como escribió Balzac, detrás de cada gran fortuna siempre aparece un crimen.

ACERCA DEL AUTOR

Mariano Sánchez Soler (Alicante, 1954). Ha ejercido el periodismo desde 1979 y ha desarrollado una intensa labor como novelista, poeta y ensayista. Experto en Justicia e Interior, durante una década dirigió el equipo de investigación del semanario *Tiempo* y colaboró con *El Periódico de Catalunya*, *Interviú* y *El Temps*. De sus novelas negras, *Nuestra propia sangre* obtuvo el Premio Francisco García Pavón 2009. Como estudioso del género, su ensayo *Anatomía del crimen* logró el Premio de la Crítica Literaria Valenciana 2012. Investigador de la transición, ha publicado *Ricos por la patria* (2001), Premio de Literatura de No Ficción Rodolfo Walsh, *Los Franco, S.A.* (2003) y *La transición sangrienta* (2010). En la actualidad se dedica a la creación literaria y a la docencia, e imparte cursos sobre novela negra en la Universidad de Alicante, donde organiza el encuentro literario Mayo Negro desde 2005.

ACERCA DE LA OBRA

Esta novela ha sido la ganadora del VII Premio Internacional de Novela Negra L'H Confidencial 2013, que convocan el Ayuntamiento de L'Hospitalet y **Rocaeditorial**.

«Por su agilidad en la trama y la fiel recreación de los hechos de uno de los casos más mediáticos de la historia de España.»

FALLO DEL JURADO DEL PREMIO L'H CONFIDENCIAL

Para Ana Paula, siempre.
A Francisco J. Ortiz y Claudio Cerdán,
amigos generosos.

Por imperativo legal, los nombres verdaderos
de los protagonistas de esta historia
se han encubierto. Los crímenes
ocurrieron tal como se relata.

La primera vez que hablé con un sacerdote me dijo:
«Muchacho, noto algo extraño en ti; tú tienes algo que ver
con la muerte». Yo era muy joven y le creí.

NAPOLEÓN WILSON, en *Asalto a la comisaría del Distrito 13*
Escrita y dirigida por John Carpenter en 1976

El dinero que mata y vivifica como la palabra,
el dinero que se adora,
el eucarístico dinero que se bebe y que se come.
Viático de la curiosidad vagabunda y viático de la muerte.

La sangre del pobre, de LÉON BLOY

... **Q**ue en el día de la fecha han practicado la autopsia a los cadáveres de don MARTÍN DE LA FONTE GARCÍA y doña MARÍA EUGENIA DE URBINA GOITI en el Instituto Anatómico Forense de Madrid, con los números 955 y 956, respectivamente, y donde ingresaron procedentes del depósito de Pozuelo de Alarcón.

Ambos cadáveres llegaron sin ropas y lavados, por lo que no se pudo realizar el estudio de los vestidos, manchas de sangre, pruebas de parafina o de los posibles estigmas de ahumados.

Se trata de dos cadáveres de personas que murieron a causa de las lesiones producidas por un arma de fuego. El arma es de idénticas características, e incluso pudiera tratarse de la misma, lo que se probará con el estudio balístico de los casquillos hallados en el lugar de los hechos y de los proyectiles extraídos de los cuerpos, que se aportaron a los servicios de investigación criminal asistentes a las autopsias.

Según el estudio conjunto de la temperatura rectal referida en el levantamiento de los cadáveres (de 35 grados y dos décimas) y los datos de la necropsia, las dos muertes se produjeron alrededor de las seis horas del día uno de agosto; si bien, por el corto espacio de tiempo que las separa, no puede precisarse cuál de las dos víctimas fue la primera en expirar, ya que el fallecimiento de ambas fue casi instantáneo a la agresión.

La causa de las muertes fue por lesión de centros vitales cerebrales; aunque en la mujer se produjera una abundante hemorragia por la herida cervical, pero ya una vez muerta.

El señor De la Fonte García recibió el disparo en la cama, tumbado sobre el lado izquierdo; la muerte le sorprendió dormido,

sin ningún reflejo de defensa; y el óbito prácticamente fue instantáneo tras recibir el disparo que se efectuó a unos diez centímetros de distancia, de derecha a izquierda, de atrás adelante y de abajo arriba.

La señora De Urbina Goiti recibió dos disparos. El primero en la boca, con los labios cerrados. El disparo se ejecutó de arriba abajo y de delante atrás, también a una distancia aproximada de diez centímetros, y no fue mortal de necesidad, ya que no lesionó ningún órgano vital. El trayecto habla de que la víctima estaba en decúbito supino (boca arriba) y tumbada, ya que, de no ser así, no tendría ese trayecto oblicuo sin lateralización. Al recibir ese impacto, debió sobresaltarse e incorporarse, momento en que recibió el segundo disparo, casi acto seguido y a cañón tocante, es decir, aplicando la boca del arma sobre el cuello de la víctima, lo que hizo que el disparo se efectuara de delante atrás, de derecha a izquierda y de abajo arriba. Esa es la razón por la que el proyectil llegó desde el cuello hasta la cavidad craneal y rompió las vértebras, el agujero occipital, y destruyó el tronco cerebral y parte del hemisferio cerebral izquierdo, lo que le produjo la muerte inmediata.

14

Estos disparos hablan del ánimo frío y profesional del agresor o agresores, que actuó o actuaron con auténtico ánimo homicida, ya que los disparos se produjeron hacia la cabeza de ambas víctimas y en situación de indefensión y sorpresa.

Por último, es posible que los proyectiles, que carecían de camisa, fueran previamente estriados, como prueban las grandes lesiones óseas producidas.

Autopsia realizada por los forenses
RAIMUNDO DURÁN LINARES
y JOSÉ ANTONIO GARCÍA-ANDRADE,
el 2 de agosto de 1980.

Barrachina clausura el infierno

Casi todos los ricos dormían tranquilos. En La Moraleja, nada rompía esa sensación de seguridad que puede comprarse con dinero. Reinaba la calma y el silencio cuando la patrulla de vigilantes privados se detuvo, por un momento, frente al edificio Nínive. Una luz tenue perfilaba los contornos de una ventana en el segundo piso. Ninguna incidencia. Los visillos mantenían la intimidad del interior y ocultaban los movimientos de un hombre solitario que arrastraba sus cincuenta y dos años con una tristeza fatal.

15

En aquella habitación de muebles de diseño, Baltasar Barrachina, vestido con un suave batín sobre el pijama de seda, tomó su maletín de ejecutivo, lo depositó sobre la cómoda de metacrilato y marcó los números de su carné de identidad. Los cierres saltaron a la vez. Sacó unos papeles timbrados y los apiló en el suelo junto a otros documentos seleccionados para la ocasión. Acercó una silla y se derrumbó sobre ella sin fuerza. Pobre iluso. La dieta constante le producía depresiones de caballo, pero no conseguía su objetivo. Muy a su pesar, era un hombre demasiado obeso para su baja estatura.

Se miró a los ojos. La luminosidad íntima de la lámpara halógena difuminaba sus facciones en el espejo. Cogió un folio en blanco y comenzó a escribir con caligrafía clara y líneas ordenadas:

Madrid, 3 de mayo de 1986. Señor juez: Que Dios me perdone...

Baltasar Barrachina, *el Gordo*, iba a acabar con aquel infierno. Sobre la mesita de noche, dos pistolas Star usadas y discretas aguardaban el momento de su función mortal, cada una con una bala en la recámara.

... pero creo que para sufrir este calvario es mejor no vivir.

De repente, recordó que aquella misma mañana había concertado una cita con los abogados del Gran Hombre, por quien hasta entonces lo hubiera dado todo, sin importarle las consecuencias.

Al alzar la mirada, supo que debía terminar de una vez:

Mi jefe, don Jacobo Castellar de Urbina, es el verdadero culpable de esta desgracia. Tiene las manos manchadas de sangre, señor juez, y yo siempre he actuado siguiendo sus órdenes a rajatabla.

16

Sobre el espacioso lecho conyugal, desmesurado, Adela, esbelta y carnal, dormía con su larga cabellera rubia aplastada contra el almohadón, sin ese estilismo vulgar de peluquería para mujeres ricas y maduras que desplegaba durante las mañanas. A su lado estaba Raúl, en el centro de la cama, también dormido por efecto de los somníferos que le había hecho ingerir a la fuerza. ¿En qué sueña un muchacho de quince años que lo tiene todo?

Allí le esperaban, inconscientes y vulnerables, ajenos a sus maquinaciones.

... es un canalla. Me ha utilizado hasta el infinito. En cuanto yo no esté, seguro que intentará librarse de todo. Tenga cuidado, señor juez. Si de verdad se puede confiar en la justicia, haga algo, por favor, que sus crímenes no queden sin castigo...

Su pulso marcaba el compás de los hombres perdidos. Sudaba. Estaba desesperado.

A través del espejo de la cómoda se miró de soslayo. Descubrió su propio reflejo y se dijo:

—Debo hacerlo.

Se acercó a la cama y les tapó con la colcha. Sintió que un acto de amor le dominaba.

Al menos, si hay Cielo, mi adorado hijo, Raúl, y mi mujer, Adela, podrán disfrutar de una existencia mejor. Por lo que a mí respecta, que Dios se apiade de mí si puede...

Después de llenar cinco páginas con fechas, nombres y detalles que consideró relevantes, escribió el número de su carné de identidad y estampó su firma con una filigrana temblorosa: Baltasar Barrachina García.

Aturdido, comenzó a quemar documentos en el cuarto de baño. Papel tras papel, las hojas se reducían a cenizas sin que las llamas provocaran una pequeña hoguera. En el fondo del retrete quedaban unos restos negros e indescifrables que el agua insistía en mantener a flote. Se trataba de borrar las huellas, de crear pistas falsas, de acabar con esa chusma de pelo engominado y relojes de oro macizo; se trataba de darles una lección que jamás olvidarían.

El Gordo empuñó un arma en cada mano. Sus dedos gruesos y sudorosos rozaban los gatillos. Se acercó a la cama, apuntó con la derecha y descerrajó el primer disparo a quemarropa. El casquillo voló por el aire mientras un sonido sordo, apenas perceptible, llevaba el final instantáneo hasta la sien de Adela Vidal. El proyectil se incrustó en su cerebro de cuarenta años, y su carne cuidada con esmero se agitó en una sacudida seca.

Sin detenerse, manteniéndose en pie a duras penas, se dirigió al otro lado de la cama, dejó la pistola caliente en la mesita de noche, extendió el brazo y colocó el cañón de la otra Star en la sien izquierda de su hijo.

—¿Por qué...?

Casi cerró los párpados al apretar el gatillo; la cabeza

del muchacho giró levemente hacia la derecha mientras el casquillo daba un brinco mecánico.

Con los ojos llenos de lágrimas, Baltasar Barrachina dejó el arma encima de la cómoda, se acercó a la mesa, introdujo la carta en un sobre y la guardó dentro del maletín.

Ahora le tocaba a él. El tiempo discurría de un modo diferente, congelado, difuso, como en una ensoñación. Así ocurre siempre. El Gordo lo había hecho, había matado a su familia; ¿qué pensarían de él las personas que realmente le conocieron? Estaba solo y armado ante su conciencia, convertido en un pelele. Nada quedaba de aquel hombre de acero capaz de hacer lo que fuera necesario para complacer a su excelentísimo jefe.

Las agujas del Rolex marcaban el último instante. Barrachina, dominado por una repentina agitación, sintió la necesidad de explicarlo todo, de comprender. Sin embargo, apenas articuló un murmullo indescifrable y un sollozo. Miró los rostros inertes de su mujer y de su hijo, sus mejillas recorridas por una telaraña de sangre. Se vio a sí mismo en ellos y descubrió lo que significaba.

—Nunca creí...

Se tumbó junto al cadáver de su hijo. Presionó sobre su frente con el cañón de su arma. Solo tenía que apretar el gatillo, pero entonces entró Fierro.

Como un secreto de confesión

Aquel gélido 20 de noviembre de 1979, mientras los seguidores del difunto general Franco continuaban llenando la plaza de Oriente en Madrid, Jacobo Castellar de Urbina bajó de un taxi en Charing Cross, se sumergió en el mugriento metro y llegó hasta el Soho, en pleno corazón del West End. Después, caminó a través de unas calles surcadas por pubs tradicionales y comedores de origen asiático. Era un lugar extraño para él, un barrio ajeno al lujo exquisito que tanto le gustaba.

19

Castellar se detuvo ante la fachada verdosa del Duncan, un viejo pub. Aquel era el mejor momento de la tarde. El local estaba abarrotado. Durante un instante, para paliar el impacto sombrío, se quitó sus gafas de cristales ahumados. Estaba muy nervioso y acariciaba de vez en cuando sus distinguidas sienes. Se dirigió al mostrador y pidió cerveza negra. Su inglés era tan catastrófico que el barman, un paquistaní con los ojos azules, le hizo repetir sus palabras. Después, ocupó una mesa discreta, bebió a pequeños sorbos, sin prisa, y esperó en la más absoluta soledad.

En Londres, el frío de la noche se mezclaba con la tristeza cuando Fierro apareció desde un extremo de la barra. Había permanecido allí, agazapado. Tras comprobar que todo estaba en orden, se acercó empuñando una gran jarra de cerveza y tomó asiento frente a él. Nunca había tratado con el gran jefe en persona.

—¿A qué se debe tanto honor? —preguntó, con curiosidad—. Nunca antes...

—Siempre hay una primera vez.

Ni siquiera se estrecharon la mano.

El Gran Hombre tenía los ojos demasiado luminosos para poseer un corazón tan siniestro. Enfundado en un traje hecho a la medida, oscuro y de corte moderno, vestía con discreción, pero todo en él rezumaba dinero.

—No es el procedimiento —insistió Fierro—. Soy una persona metódica, me gusta seguir los cauces habituales.

—Este asunto prefiero tratarlo sin intermediarios molestos.

—¿Y sin Barrachina?

—Incluso sin él. Es un tema muy privado. Si usted decide que no le interesa, deberá olvidarlo para siempre.

—Como un secreto de confesión.

20 Fierro dejó que Castellar se lo explicara todo, palabra por palabra, mientras sus pupilas se perdían en el líquido negro que menguaba entre los labios del Gran Hombre.

—¿Cómo lo ve?

—Algo así no se improvisa —contestó Fierro, e hizo una pausa antes de añadir—: Pero me haré cargo.

—Tiene tiempo suficiente para prepararlo todo —advirtió Castellar, con voz grave—. La solución no puede pasar del verano. Lo necesito fuera de la circulación antes de septiembre.

—Este es un buen lugar para hacer negocios. ¿Sabe lo que significa Soho?

—No, ni me interesa.

—Dicen que es un viejo grito de caza.

—¿Ah, sí? —dijo Castellar, con desdén.

—Y muy apropiado. Yo soy *su* cazador. —Y casi exclamó al añadir—: ¡Soho, disparad a ese zorro!

—Déjese de tonterías —soltó el Gran Hombre, mirando a un lado y a otro, inquieto por si llamaban demasiado la atención.

—Es un lugar seguro, don...

—Sin nombres.

—Nunca nos buscarían en semejante sitio.

—Y que lo diga.

—¿Qué ve usted a su alrededor? —preguntó Fierro, con sorna.

—Gente bebiendo.

—«Hombres» bebiendo. Estamos en un pub de maricones. —Esbozó su mejor sonrisa al puntualizar—: Es el pub de maricones más famoso de Inglaterra.

—¿Usted también es...?

—Yo no le hago ascos a nada.

Castellar no pudo ocultar su desconcierto.

—¿Y la Policía? ¿No los...?

—Esta es una vieja democracia. —Fierro parecía divertirse—. Aquí vives y, si no molestas, te dejan vivir.

—Y en España. Tenemos una Constitución desde hace casi un año y el Código Penal... —repuso el Gran Hombre, con soltura.

—En Madrid, cualquier juez de misa diaria podría meternos en la cárcel por escándalo público.

—No ha sido una buena idea quedar en este lugar. —Castellar miró su reloj de pulsera antes de añadir, inquieto—: Se me hace tarde.

Hasta ese momento, Fierro siempre había hecho trabajos propios de un detective más o menos sucio, de un esbirro quebrantahuesos, o de un policía capaz de sacarle el máximo brillo a su placa. Sencillos en su ejecución y planeamiento, contundentes en sus resultados; sin que a nadie le importaran las posibles consecuencias mortales. Cuando el asunto era laborioso, trataba de hallar los puntos débiles de la pieza y explotarlos a fondo. Jamás aquel prohombre había querido relacionarse directamente con él; siempre utilizaba a su perro de confianza, *el Gordo Barrachina*, para aquel tipo de encargos. «Haz lo que tengas que hacer», «Resuélvelo según tu criterio», «Sé concreto»... Conocían muy bien las habilidades y el historial de Fierro; le tenían cogido el punto y sabían que, por

dinero, era capaz de hacer cualquier cosa, sin remilgos.

Pero esta vez Jacobo Castellar de Urbina había bajado a pisar la arena del circo.

—Nadie sabe que estoy en Londres —añadió—. Oficialmente, no llegaré hasta mañana, para presidir el consejo de la Corporación Bankur.

—Esos detalles no me incumben.

—A mí sí. Me gusta tenerlo todo controlado. —Sonrió, con jactancia—. A las siete de la mañana me recogerán en el aeropuerto como si acabara de aterrizar, y quiero que usted ya no esté en Londres cuando yo llegue. Ninguna coincidencia.

—Me iré esta misma noche, en el primer avión que pueda tomar.

—En Madrid, Barrachina contactará con usted por los conductos habituales. Le dará el dinero que necesite para sus gastos y arreglarán la forma de pago. Pero él no debe saber nada más.

22

—Le mentiré. Se me da de maravilla.

—Con su silencio bastará. A su debido tiempo, él sabrá lo que tenga que saber.

—Quien paga manda.

—Garantizaré las transferencias, personalmente. A la cuenta cifrada que me diga. Ya sabe que me gustan mucho las islas Caimán.

—Como su nombre indica.

—No entiendo el chiste.

—Este es un acuerdo entre dos reptiles. Como nosotros.

Castellar ni siquiera sonrió.

—No sabía que fuera usted tan gracioso.

A Fierro se le heló la sonrisa.

—Nunca más volveremos a contar con sus servicios —añadió Castellar—. Barrachina le borrará de nuestra lista.

—Entonces saldré perdiendo con este negocio.

—Ponga el precio. Le haré rico definitivamente. No tendrá que trabajar nunca más.

Fierro escribió un número largo, muy largo, en el vértice de un posavasos de cartón, y lo acercó hasta Castellar, arrastrándolo sobre la superficie mojada de la pequeña mesa donde las pintas de cerveza estaban vacías y olvidadas.

El Gran Hombre miró aquella cifra por un instante, con semblante serio. Alzó la vista y musitó:

—¿En pesetas?

—En dólares. —Fierro estuvo a punto de lanzar una carcajada cuando añadió—: ¿O prefiere que sean libras esterlinas?

—De acuerdo, en dólares —Castellar le dedicó su gesto más sombrío—, cuando termine el trabajo...

—Lo quiero en tres plazos —le interrumpió Fierro, con creciente inquietud—. Uno ahora, otro de cuerpo presente, y el tercero cuando atrapen al culpable.

—¿En las Caimán entonces?

—Como las otras veces.

Y aunque Fierro se tenía por discreto, la curiosidad le arrastró a dar un paso en falso y decir:

—Es un asunto muy serio.

—Por eso estoy aquí, en persona, en este antro de degenerados como usted.

—Ya veo. Se les puede matar, pero no se les debe follar.

—Esta conversación ha terminado. Pague la cuenta.

—No me gustan los errores —insistió Fierro.

—De usted depende que no los haya.

—Ni las venganzas.

—Nunca actúo por motivos personales —zanjó Castellar, molesto.

Su mirada de mármol resultó convincente, pero Fierro, en su soberbia, sucumbió a la tentación de decir la última palabra:

—Ya no hay pena de muerte en España. Ahora la dictan por su cuenta los hombres de negocios.

Castellar ni siquiera le escuchó. Había salido del Duncan como quien huye de la peste.

Novela ganadora del Premio Internacional de novela negra L'H Confidencial en su séptima edición. Premio coorganizado por el Ayuntamiento de L'Hospitalet.

© Mariano Sánchez Soler, 2013

Primera edición en este formato: marzo de 2013

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.
08003 Barcelona
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-9918-593-4

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.